

ENCUENTROS EN VERINES 2014
Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

Formas breves: aforismos, máximas y fragmentos

Manuel Neila

Los estudiosos de la escritura aforística suelen comenzar sus artículos, ensayos o monografías señalando la dificultad de definir el concepto de *aforismo*, cuando no se pronuncian abiertamente sobre la imposibilidad de hacerlo de manera precisa. Para Umberto Eco, por ejemplo, “no hay nada menos definible que el aforismo”. Gino Ruozzi advierte, por su parte, que “sabría indicar algunos ejemplos, pero no podría ofrecer una definición inequívoca y completa”. Otras veces se recurre a la agudeza y al arte de ingenio, como sucede cuando Pedro Salinas aduce que “máximas, sentencias y aforismos son a los cultos lo que los refranes son al pueblo” o cuando George Steiner señala que el epigrama, el aforismo y la máxima “son los haiku del pensamiento”. Y así podríamos seguir, si los ejemplos no fueran a dar a lo mismo.

La cuestión no es nueva en modo alguno. Ya en 1508, Erasmo de Rotterdam se lamentaba de la dificultad de definir con precisión las paremias, es decir, los proverbios o adagios, en los *Prolegomena* a los *Adagiorum chiliades*, donde expone con todo lujo de detalles su teoría del adagio. En el caso del aforismo, la dificultad de definirlo adecuadamente responde, como advirtió Alain Montandon hace ya varias décadas, a dos factores fundamentales: por una parte, la coincidencia léxica del aforismo con otros términos de uso frecuente (el refrán, el proverbio, el adagio, la sentencia, la máxima o el apotegma); y por otra, a la ampliación semántica que ha experimentado dicho término al entrar en contacto con otras modalidades expresivas (me refiero, en particular, a la máxima clásico-humanística y al fragmento romántico).

En otro orden de cosas, conviene tener presente en todo momento el proceso de deslizamiento del aforismo tradicional hacia el aforismo moderno, o dicho de otra manera, la transformación de un tipo de dicho gnómico, de carácter impersonal e intemporal, en un enunciado de orden circunstancial, subjetivo y poético. La cuestión se complica aún más si tenemos en cuenta que los aforismos suelen presentarse agrupados en colecciones, en las que coexisten indistintamente con las máximas, con los pensamientos e, incluso, con los fragmentos. Cuando Friedrich Schlegel anota: “Un fragmento, lo mismo que una breve obra de arte, puede estar aislado de todo el universo que lo rodea, perfecto en sí mismo como un erizo”, reconduce el fragmento hacia la brevedad del aforismo y hacia la brillantez de la máxima.

Para conseguir una definición adecuada del aforismo es imprescindible, pues, tener en cuenta estas dos cuestiones: en primer lugar, la relación del aforismo con los dichos sentenciosos, tanto los populares (refrán, adagio, proverbio), como los cultos (apotegma, sentencia, máxima); y en segundo lugar, las relaciones que establece a lo largo del tiempo con otras formas breves de expresión (la máxima y el fragmento). Lo primero fue objeto de estudio por parte de Camilo José Cela en su “Lección inaugural del curso *El refranero español*”, en los Cursos de Verano 1991 de El Escorial. Y a ella remito a los lectores interesados en el tema. Así que me limitaré a deslindar, con la venia de los gramáticos, las relaciones entre el aforismo, la máxima y el fragmento, con el fin de facilitar un acercamiento a estas formas expresivas.

I

Hubo un tiempo en que, según la opinión general —a la que se sumó nuestra Real Academia de la Lengua—, *aforismo* se definía como “sentencia breve y doctrinal que en pocas palabras explica y comprende la esencia de las cosas” (*Diccionario de Autoridades*), quedando luego reducida a “sentencia breve y doctrinal que se propone como regla en alguna ciencia o arte” (*Diccionario de la Real Academia*). Como suele señalarse al respecto, aforismo viene del latín *aphorismus*, y este del griego *αφορισμός*, que significa delimitar, definir, sacar algo de su horizonte habitual. Esta definición nos remite ciertamente a los orígenes mismos del género, es decir, a los aforismos de Hipócrates, en los que se resume el conocimiento de la

medicina griega y los principios de su práctica, y, por extensión, a los aforismos griegos y latinos.

Por su etimología y por sus múltiples y variadas definiciones, se colige que el término *aforismo*, aunque usado primeramente en la lengua de los médicos, encierra los justos términos de una verdad, sentencia o proposición cualquiera. De hecho, el primero de los *Aforismos* de Hipócrates ya sobrepasa el ámbito de la medicina, para internarse en el ámbito de la sabiduría general de la vida humana: “La vida es corta y el arte largo; la ocasión, fugaz; la experiencia, peligrosa; el juicio, difícil”. De ahí que no sea fácil deslindar las diferencias que existen entre aforismo y otras voces sinónimas o cuasi sinónimas: adagio, sentencia, máxima, proverbio, refrán, axioma y apotegma; pues todas ellas, en un *totum revolutum*, que no significa confusión, sino englobamiento, encierran el significado de proposición o forma breve y sentenciosa.

Dice Joaquín Calvo-Sotelo en su prólogo al *Refranero* de Martínez Kleiser, que proverbio, aforismo, máxima, apotegma, adagio, sentencia... forman parte todos del género “dichos”. El refrán constata un hecho de experiencia popular, el proverbio añade el consejo o la advertencia y el adagio lo recubre de una “membrana poética”. Y concluye esta serie caracterizando al adagio de buen grado como “refrán de sangre azul”. Después esboza los rasgos característicos de la sentencia, la máxima y el apotegma, “de mayor copete que los anteriores”. Para terminar con una descripción del aforismo, que es el que aquí nos interesa. “Debe verse en el aforismo —escribe— una norma de conducta, una regla de oro que oriente al que la sigue por los vericuetos siempre oscuros de la técnica, sea cual sea: la de la química, la de la preceptiva, la de la política. Y concluye: “El aforismo es, esencialmente, doctrinal”.

Resulta particularmente provechosa la diferencia que establece Camilo José Cela entre los dictados sentenciosos de origen popular (el refrán, el adagio, el proverbio) y los de procedencia culta (la sentencia, la máxima, el apotegma) entre los que incluye el aforismo. En la *Lección inaugural* aludida al principio, ensayó a formar dos grupos, “cada uno con su común denominador o su matiz diferencial”; por una parte, el grupo del refrán, concepto que identifica con el adagio y, en su primera acepción, con el proverbio, al que deja nadando entre dos aguas; por otra parte, el del aforismo, noción que vincula con la sentencia, la máxima y el apotegma. Y concluye afirmando que “la inclusera orfandad o la cuna conocida son, pues,

la señal del refrán y del aforismo, y no debe buscarse ninguna otra que pueda distinguirlos, porque no la hay”.

En otro orden de cosas, el aforismo se movió desde sus inicios en un terreno fronterizo entre la filosofía y la poesía. Su carácter sapiencial lo acerca al discurso filosófico, mientras que su forma expresiva lo aproxima al discurso poético. Y esto fue así tanto en los pueblos antiguos (sánscrito, chino, védico, egipcio, hebreo), como en la tradición greco-latina o en la tradición judeo-cristiana. En todos ellos circularon una multitud de sentencias religiosas, morales, políticas o sociales, que más o menos transformadas ingeniosamente y adaptadas a otras circunstancias posteriores, han enriquecido la mentalidad de las sucesivas civilizaciones. Ese carácter fronterizo del aforismo sería, precisamente, lo que hizo posible la transformación del aforismo clásico, sentencioso y doctrinal, en el aforismo moderno, centelleante y poético; un cambio sobre el que los estudiosos no se han puesto de acuerdo todavía.

Y ya en plena modernidad, Nietzsche supo integrar en su filosofía ambos medios de expresión: el aforismo y el poema. Con lo que vino a sustituir el ideal del conocimiento ilustrado, esto es, el descubrimiento de la verdad, por la *interpretación* y la *evaluación*. “Una fija el “sentido”, siempre parcial y fragmentario, de un fenómeno —aclara Gilles Deleuze—; la otra determina el “valor” jerárquico de los sentidos y totaliza los fragmentos, sin atenuar ni suprimir su pluralidad”. Y concluye el filósofo francés: “Precisamente el aforismo es el arte de interpretar y la cosa por interpretar; el poema, a la vez el arte de evaluar y la cosa por evaluar”. Desde Nietzsche hasta hoy, los filósofos no han querido prescindir del aforismo (Wittgenstein, Cioran) y los poetas no han podido prescindir de él (Juan Ramón Jiménez, René Char).

II

El término *aforismo* tardó en aparecer en las lenguas romances. Según el especialista del Renacimiento Lazare Sainéan, fue François Rabelais quien lo empleó por primera vez en su obra literaria, concretamente en el *Quinto libro* de su *Gargantua y Pantagruel* (1564). Con anterioridad a esa fecha, Rabelais (médico y escritor a la vez) había publicado en 1532 una edición anotada de los *Aforismos* de Hipócrates. El lexicógrafo Joan

Corominas, por su parte, localiza el primer empleo en castellano en 1590, si bien don Juan Manuel se anticipa en siglo y medio con la voz “anphorismas”: “...et por lo que llaman los gramáticos reglas, dicen los lógicos máximas, et llaman los físicos anphorismas...” Y así, el término “aforismo” irá imponiéndose entre los autores o los compiladores, en vecindad con otras voces similares.

En la inagotable obra de Miguel de Cervantes, hallamos una amplia gama de términos vinculados a la dictadología tópica, es decir, a los dichos proverbiales y a las formas sentenciosas, incluidos el aforismo y la máxima, con valor ciertamente actual. Allí encontramos un buen número pertenecientes a cuna inclusera, como *adagio*, *proverbio* y *refrán* —“Páreceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: ‘Donde una puerta se cierra, otra se abre’”—; junto a ellos, vivaquean otros muchos términos de procedencia ilustre, como *apoteagma*, *máxima* y *aforismo* —“Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: ‘*Omnis saturatio mala, perdices autem pessima*’. Quiere decir: ‘Toda hartazgo es mala, pero la de perdices, malísima’”—.

Andando el tiempo, el uso del término *aforismo* se vería desplazado por el de *máxima* (del lat. mediev. *maxīma*, sentencia, regla), que pasó de significar “sentencia, axioma, principio o fundamento de alguna arte o ciencia”, como recoge el *Diccionario de Autoridades*, a denotar “sentencia, apoteagma o doctrina buena para dirección de las acciones morales”, como señala el *Diccionario de la Real Academia Española*, que mantiene la definición de Autoridades como primera acepción. Este desplazamiento semántico desde el ámbito de la lógica al campo de la moral suele situarse en la segunda mitad del siglo XVII. Algún estudioso aventura fechas más precisas, vinculadas al desarrollo del moralismo francés, de modo que comenzaría alrededor de 1659, fecha de la primera mención conocida de las *Maximes* de La Rochefoucauld.

En cualquier caso, entre el aforismo y la máxima, las semejanzas son mayores que las diferencias. Ambos términos designan frases significantes, de origen culto, que funcionan como unidad de sentido. Con harta e ilustrísima frecuencia, también se llama aforismo a la máxima: *Aphorismos de Publio Cornelio Tácito*, *Alma o Aphorismos de Cornelio Tácito*, *El libro de oro de Séneca*, o sea, *sus aforismos morales y los de Aristóteles y Platón...*

A fin de cuentas, la diferencia radica en el propósito que rige ambos términos; es decir, mientras que el aforismo instruye en el conocimiento o ejercicio de las ciencias o artes, la máxima alecciona la conducta. De ahí que Maurice Blanchot no dude en contraponer la forma aforística a la máxima: “sentencia esta destinada al uso del bello mundo y pulida hasta hacerse lapidaria, mientras que el aforismo es tan duro como puede serlo un guijarro (Georges Perros)”.

El origen y el destino social de la máxima, producto directo de los Salones, la impondrá otras dos peculiaridades: el carácter formulario y la brillantez expresiva. Respecto a lo primero, Albert Camus pudo definir la máxima como “una ecuación en que los signos del primer término se encuentran exactamente en el segundo, mas en diferente orden” o, dicho de otra manera, un juego de ingenio del autor consigo mismo confrontado; lo cual explicaría que fuera cultivada con rara facilidad en la Francia del siglo XVII, que es el siglo de las matemáticas. El autor de *La peste* no oculta su enemiga contra el arte de la máxima; prefiere buscar al hombre donde se halla, en su tiempo, y la verdad donde se oculta, en los sucesos particulares; prefiere otro tipo de obras, en las que la verdad de la vida no se sacrifique a los artificios del arte.

Por lo que toca a la brillantez expresiva de la máxima, Roland Barthes ha hecho aportaciones verdaderamente valiosas. En el Prefacio a la edición francesa de La Rochefoucauld, *Réflexions ou Sentences et Maximes*, dedica unas páginas inolvidables a la vestimenta brillante y dura de la máxima, es decir, la forma sutil y centelleante que constituye su brillo y su placer; para la cual reserva un nombre: agudeza. Y, a la pregunta: ¿qué es la agudeza?, responde de seguido: “Es, si se quiere, la máxima constituida en espectáculo, y como todo espectáculo tiende a proporcionar un placer (herencia de toda una tradición preciosista cuya historia está por hacer)”. El crítico francés sabe de seguro que las máximas nacieron efectivamente de los juegos de salón (retratos, acertijos, sentencias); pero, en el caso de La Rochefoucauld, la brillantez expresiva está al servicio de un proceso de desmitificación incesante.

El aforismo constituye, en efecto, una de las formas simples de expresión más antigua, frecuente y perdurable que conocemos. Es comprensible que, cuando la *escritura fragmentada* adquiere carta de naturaleza en los albores de la modernidad, el aforismo tradicional entrara en conflicto no sólo con los “pensamientos” (tales como los de Marco Aurelio y Pascal), sino también, con los “fragmentos” (en la línea de los que presentan Schlegel y Novalis). Ese momento puede situarse, como es sabido, poco después de la Revolución Francesa, propiciado por Friedrich Schlegel y otros autores del círculo de Jena, durante los dos años que duró la revista *Athenaeum*, entre 1788 y 1800. Los primeros fragmentos de Schlegel, los de la revista *Lyceum*, vieron la luz en 1797, ocho años después de los arreboles revolucionarios.

Para entonces, dos anotadores componían a la chita callando sendas obras que, andando el tiempo, contribuirían a cambiar las formas de pensamiento. Me refiero, claro, al alemán Lichtenberg y al francés Joubert. El primero inicia las anotaciones de sus *Cuadernos*, sus mal denominados aforismos, en 1765, y las concluye al borde de su muerte, en 1799. “Toda una Vía Láctea de ocurrencias”, anota en uno de sus cuadernos de notas o “cuadernos borradores”, como él solía llamarlos. El segundo empieza las anotaciones de sus *Carnets*, sus llamados “pensamientos”, en 1774, nueve años después de que lo hiciera el alemán, y la concluye en 1824, cuando su llama estaba a punto de apagarse. A ellos puede añadirse el desafortunado Chamfort, una *rara avis* entre los moralistas franceses, cuyos “pensamientos, máximas caracteres y anécdotas” marcarían definitivamente el paso del aforismo clásico al aforismo moderno.

Conviene tener en cuenta que, en muchas ocasiones, los límites entre el aforismo y el pensamiento, lo mismo que entre el aforismo y fragmento son harto imprecisos. Según Julián Marías, el aforismo se distingue del pensamiento en que, mientras en el primero “las afirmaciones están enunciadas con pretensión de validez por sí mismas”, en el segundo se trata más bien de “un muñón que pide continuarse”. Así pues, el aforismo pretende ser un enunciado completo, mientras que el pensamiento parece ser constitutivamente incompleto. Lo que cualquiera de nosotros estaría dispuesto a corroborar si no fuera porque el filósofo concluye de seguido que los aforismos son “formalmente falsos, ya que nada es verdad por sí solo, y constituyen la inversión radical del modo de pensar filosófico”, que sería el sistemático.

La coexistencia del pensamiento sistemático y del pensamiento discontinuo ha resultado una constante, al menos durante los dos últimos siglos. De hecho, Kostas Axelos llega a decir, a propósito de Novalis, que bajo el pensamiento sistemático y el lenguaje dominante de cada época, desde Platón y Aristóteles a Hegel y Marx, pasando por Tomás de Aquino y Descartes, se despliega una tradición subterránea y un lenguaje aforístico. Sea como fuere, los románticos alemanes presintieron que la única manera de expresarlo todo, ese todo que, según Novalis, actúa a cada instante, en cada fenómeno, es mediante el arte del fragmento. Andando el tiempo, y siguiendo la honda estela que había trazado Nietzsche a lo largo de la época del positivismo, los modernistas europeos y americanos del pasado siglo instituyeron definitivamente la discontinuidad o la diferencia como forma en el roturado campo del pensamiento.

Maurice Blanchot, defensor y practicante de la escritura discontinua, sitúa el aforismo entre los pensamientos fragmentarios. Para el autor de *El espacio literario* existen cuatro tipos de fragmento: en primer lugar, el que representa un momento dialéctico de un conjunto más vasto, bien sea “resto” de un discurso perdido (Heráclito), bien sea “nota” destinada a la composición de una obra inconclusa (Pascal). En segundo lugar, la forma aforística que, en calidad de fragmento, ya es perfecta. En tercer lugar, un fragmento ligado a la movilidad de la búsqueda, que realiza mediante enunciados separados y que exige la separación (Nietzsche). Y, por último, un fragmento que se sitúa fuera del todo, que libera al pensamiento de ser solo pensamiento con vistas a la unidad o, dicho a su modo, que exige la discontinuidad esencial.

Sea como quiera, el aforismo moderno, el aforismo que se escribe a partir de la Revolución Francesa, comparte con el fragmento la discontinuidad o la diferencia como forma de expresión; pero se distingue del mismo en que contradice, de alguna manera, la apertura que viene a significar la exigencia fragmentaria, pues el aforismo es etimológicamente un horizonte que circunscribe, pero no abre. En cualquier caso, ni la escritura aforística ni la fragmentaria se oponen al sistema de manera excluyente, como a veces quería Maurice Blanchot. El pensamiento crítico es tan irreductible, pero no más, que el afán de sistema, que el prurito de comprender el mundo en su totalidad. Así podemos leer en uno de los “Fragmentos del *Athenaeum*” atribuidos a Schlegel: “Resulta tan letal para el

espíritu tener un sistema como no tener ninguno. Así pues, probablemente tendrá que optar por combinar ambas cosas”.

IV

Cuando empezó a cundir el rótulo *formas breves* en el ámbito de la literatura, rubro que recuerda las “formas simples” de las que se ocupó André Jolles en 1930, el aforismo estaba llamado a aparecer bajo esa etiqueta. Atendiendo al empleo que algunos estudiosos como Alain Montandon y Bernard Roukhomovsky han dado a ese término, tal vez no sea excesivo decir que estamos ante el “hipergénero” posmoderno por excelencia, bajo cuya denominación se cobijan más de un centenar de escritos breves, pertenecientes a los distintos géneros históricos, es decir, micropoemas, microrrelatos, microensayos, etc. Aunque la presencia de las formas breves es constante a través de la historia, puede afirmarse que el proceso de legitimación e institucionalización de dichas formas tiene lugar en la segunda mitad del siglo pasado.

La conciencia de ese hipergénero se insinúa en el romanticismo alemán, en íntima relación con la fragmentación de la escritura, pervive discretamente en el simbolismo francés y en el modernismo hispánico, y se consolida definitivamente tras la vertiginosa centrifugadora de las vanguardias, durante la primera mitad del siglo más violento de la historia. No es el momento de analizar, así sea brevemente, el proceso de transposición de los géneros literarios y filosóficos tradicionales a los medios de comunicación masiva; en todo caso, conviene tener presente la especial disponibilidad transpositiva de las nuevas tecnologías respecto a las formas breves, un proceder por iluminaciones, por fragmentos, que halla su expresión más certera con el aforismo y con el microrrelato, como señalaron algunos modernistas.

Hace apenas tres décadas, en sus *Seis propuestas para el próximo milenio*, que quedaron reducidas a cinco como todo el mundo sabe, Italo Calvino rompió una lanza en favor de la riqueza de las formas breves. “Estoy convencido —decía el italiano— de que escribir en prosa no debería ser diferente de escribir poesía; en ambos casos es búsqueda de una expresión necesaria, única, densa, concisa, memorable”. Confirma que su obra está constituida en gran parte por *short-stories*, con un desarrollo narrativo

cercano al apólogo y al *petit-poème-en-prose*. Y concluye, refiriéndose al tema que nos ocupa: “La longitud y la brevedad del texto son, desde luego, criterios exteriores, pero yo hablo de una densidad particular que, aunque pueda alcanzarse también en narraciones largas, encuentra su medida en la página única”.

Al mostrar su predilección por las formas breves, el autor de *Las ciudades invisibles* piensa en el Leopardi de *Zibaldone* y de *Operette morali*, en el Paul Valéry de *Monsieur Teste* y de *Cuadernos de notas*, en los pequeños poemas en prosa de Francis Ponge, en los relatos brevísimos que Henri Michaux agrupó bajo el título de *Ailleurs*. Y en ellos cifra su propuesta de “rapidez” para el próximo milenio, es decir, en “la máxima concentración de poesía y pensamiento”. A los lectores de nuestra lengua interesados en las formas breves no les resultará difícil completar esa lista con los grandes “minimalistas” del ámbito hispánico; pienso en el madrileño Ramón Gómez de la Serna, y en los mexicanos Julio Torri y Juan José Arreola; pero también en el guatemalteco Augusto Monterroso, en el peruano Emilio Adolfo Westphalen y en el español Cristóbal Serra, entre otros más que pueden aducirse.

En el ensayo “Acerca del aforismo y sus formas”, escribí a propósito del carácter fronterizo del aforismo lo siguiente: “La escritura aforística es una modalidad expresiva que, debido a su situación en el campo de la cultura, una situación esencialmente fronteriza, está de continuo bajo sospecha. Su carácter sapiencial la acerca al discurso filosófico, mientras que su forma discontinua la aproxima al discurso poético. Pero si la filosofía la rechaza por su lenguaje figurativo, la poesía la repudia por su lenguaje lapidario”. Aunque el hecho apuntaba maneras en el aforismo tradicional o sentencioso, el acercamiento del aforismo a la poesía se puso de relieve con el aforismo moderno o literario, esto es, a partir del momento en que el aforismo tradicional, y su hipónimo la máxima, entraron en contacto con el fragmentario romántico.

Pues bien, con la ambición de brevedad y concisión que se ha impuesto en los tiempos posmodernos, y debido al contacto con otras formas breves de expresión, el aforismo ha experimentado una nueva apertura semántica, que permite hablar de una nueva apertura hermenéutica. Me refiero al aforismo narrativo (y en su formulación más extrema, al aforismo fantástico). Valgan estos ejemplos: “Caronte tenía que sacar a menudo de las bocas de los muertos las palabras que les habían

metido” (Stanislaw Jerzy Lec), “Allí la gente nunca va sola, sino únicamente en grupos de cuatro a ocho personas, con los cabellos inextricablemente entrelazados” (Elias Canetti). El aforismo narrativo (y el fantástico) confiere sentido al sinsentido. Con ellos, lo ceremonial y lo carnavalesco celebran sus nupcias; o mejor dicho, los sueños de la razón hallan su lugar en el nuevo orden del mundo, el del individualismo masivo.—MANUEL NEILA

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AXELOS, Kostas (1976): “La enciclopedia de Novalis”, aparecido en *Aletheia*, nº 5, 1966, [incluido en Novalis: *La Enciclopedia*, Madrid: Fundamentos, 1976, pp. 445-447. Cito por esta edición].
- BARTHES, Roland (1972): “La Rochefoucauld: Réflexions ou Sentences et Maximes”, en *Le Degré zéro de l’écriture, suivi de Nouveaux essais critiques*, Paris: Seuil, pp. 69-88. [*El grado cero de la escritura, seguido de Nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1973].
- BLANCHOT, Maurice (1961): “Memorandum sur ‘Le cours des choses’”, *Lignes*, nº 11, pp. 187-188.
- (1969): “Nietzsche et l’écriture fragmentaire”, en *L’Entretien infini*, Paris: Gallimard, pp. 227-255.
- CALVINO, Italo (1989): *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid: Siruela.
- CALVO SOTELO, Joaquín (1989): “Prólogo a la segunda edición” del *Refranero General Ideológico Español*, compilado por Luis Martínez Kleiser, Madrid: Editorial Hernando, pp. V-VIII.
- CAMUS, Albert (1989): “Introducción a las *Máximas* de Chamfort”, en *Essais*, Paris: Gallimard, 1965. [Incluido como Epílogo a Chamfort, *Máximas, pensamientos, caracteres y notas*, Madrid: Aguilar, 1989, pp. 291-311. Cito por esta edición].
- CELA, Camilo José (1991): *Sobre dictados y sus formas*, en Cursos de verano de la Universidad Complutense de Madrid.
- ECO, Umberto (2002): “Wilde. Paradoja y aforismo”, en *Sobre literatura*, Barcelona: RqueR, pp. 73-92.
- MARIAS, Julián (1943): *Miguel de Unamuno*, Madrid: Espasa Calpe, pp. 12-13.
- MONTANDON, Alain (1993): *Les formes brèves*, Paris: Hachette Supérieur.

- NEILA, Manuel (2004-2005): "La levedad y la gracia. Acerca de los aforismos y sus formas", *Turia. Revista de cultura*, nº 71-72, pp. 38-48.
- ROTTERDAM, Erasmo de (2008): *Adagios del poder y de la guerra y Teoría del adagio*, Madrid: Alianza Editorial.
- RUOZZI, Gino (1992): *Forme brevi. Pensieri, massime e aforismi nel Novecento italiano*, Pisa: Libreria Goliardica.
- SAINÉAN, Lazare (1922-1923): *La langue de Rabelais*, Paris: E. de Boccard, t. II, p. 42.
- SALINAS, Pedro (1970): "José Bergamín en aforismos", en *Literatura española del siglo XX*, Madrid: Alianza Editorial.
- SCHLEGEL, Friedrich (2009): *Fragmentos*, Barcelona: Marbot Ediciones.
- STEINER, George (2009): "En abreviatura", en *George Steiner en The New Yorker*, Madrid: Siruela, pp. 285-294.